

Convertidos en perlas, las lágrimas
botan del mar

Mona Lisa encuentra a Buda



Mona Lisa encuentra a Buda

Allá arriba, en el cielo, las cortinas ondularon, las cortinas ondularon, las cortinas ondularon y Mona Lisa entró por un extremo de una pequeña sala en la que colgaban muchas cortinas.

Allá arriba, en el cielo, las cortinas ondularon, ondularon, ondularon, y el Buda entró en la sala por el otro extremo. Se sonrieron.

SPENCER HOLST

RECORRÍ A PIE TODO EL SISTEMA SOLAR

A pie recorrí todo el sistema solar para encontrar el primer hilo de mi vestido rojo. Ya me intuyo. De algún lugar del espacio cuega mi corazón; exhala chispas, aire vibrante, hacia otros corazones sin medida.

Edith Södergran



lo encuentre en la estación de
Trun Beigrano c. había un pilón
junto a dos leones azules.

ORACIÓN POR EL
DERECHO AL ABORTO

Concedenos el derecho a decidir sobre
nuestro cuerpo. Y danos la gracia de no
ser ni virgenes ni madres. Libranos de
la autoridad del Padre, del Hijo y del
Espiritu Santo para que seamos
nosotras las que decidamos por
nosotras. Ruega por que el poder
judicial no haga suyos los mandatos de
la Iglesia y ambos nos libren de su
misógina opresión. Venga a nosotras el
derecho a cuestionar si es bendito el
fruto de nuestro vientre. No nos dejes
caer en la tentación de no luchar por
nuestros derechos. Y concedenos el
milagro de la legalidad del aborto en
Argentina. Así sea.

decidir? ¿tame me se buccion
Miles de mujeres que quieren decidir.

llamé a "careritos por el derecho a



Guillermo Ueno



Paulo Fast

ella había esperado con los demás, había bebido con ellos y estaba muy excitada y asustada. Por primera vez vería morir a una persona. Por primera vez sería testigo de una escena que sería repetida muchas veces, muchísimas veces, durante la Revolución.

Hacia el amanecer, la multitud se dirigió hacia la plaza, hasta donde le permitía el cordón desplegado por la policía, y formó un círculo. La marea de la multitud la arrastró a un punto situado a unos diez metros del cadalso.

Allí se quedó, atardecida contra el cordón policial, fascinada y aterrorizada. Luego, un revuelo de la multitud la empujó a otro sitio. De todas formas, posándose de puntillas, podía ver. La gente la aplastaba por todas partes. El reo apareció con los ojos vendados. El verdugo estaba dispuesto y esperaba. Dos guardias cogieron al hombre y, lentamente, lo guiaron por la escalera del patíbulo.

En aquel momento se dio cuenta de que alguien se apretaba contra ella con mucha más fuerza que la normal. En su estado tembloroso y excitado, la presión no era desagradable. Tenía el cuerpo inmóvil; tan clavada la tenía la curiosa multitud.

Llevaba una blusa blanca y una falda con botones a todo lo largo de un costado, a la moda de entonces: una falda corta y una blusa a cuyo través se veía la ropa interior rosada y se adivinaba la forma de los pechos.

Dos manos le rodearon la cintura y sintió con toda claridad el cuerpo de un hombre, su deseo

duro contra su propio culo. Contuvo la respiración. Tenía los ojos fijos en el hombre que iban a ahorcar y los nervios la torturaban. Al mismo tiempo, aquellas manos avanzaron hacia sus pechos hasta apresarlos.

Estaba aturdida por las sensaciones contradictorias. No se movió ni volvió la cara. Ahora una mano buscaba una abertura de la falda y descubrió los botones. Cada botón que saltaba la mano la hacía suspirar de miedo y alivio. La mano se detentó, por sí protestaba, antes de pasar al siguiente botón. Ella no hizo el menor movimiento.

Luego, con destreza y rapidez inesperadas, las dos manos hicieron girar la falda de forma que la abertura quedase detrás. En medio de la palpitante multitud, lo único que ahora sentía era el pene deslizándose lentamente por la abertura de la falda.

Sus ojos seguían fijos en el rostro del condenado, el pene avanzaba y, a cada latido del corazón, el pene avanzaba un poco más. Había atravesado la falda y abierto un siseo en las bragas. Lo sentía caliente, firme y duro contra su carne. Ahora el condenado estaba de pie sobre el patíbulo y le pusieron la soga al cuello. El dolor de verlo era tan grande que convertía el contacto carnal en un alivio, en algo humano, cálido y consolador. Le pareció que el pene que se estremecía entre sus nalgas era algo hermoso de coger, que era vida, vida a la que cogiese mientras se desarrollaba la muerte...

sin decir una palabra, el ruso dobló la cabeza sobre el nudo. El cuerpo de ella tembló. El pene avanzaba entre los blancos bordes de las nalgas,

abriéndose inexorablemente camino hacia su carne.

Palpitaba de miedo y la palpación era la misma para el deseo. A la vez que el condenado saltó al vacío y a la muerte, el pene se estremeció dentro de ella, vertiendo su cálida vida.

La multitud aplastaba al hombre contra ella. Casi dejó de respirar y, conforme el miedo se convirtió en placer, en salvaje placer al sentir la vida mientras el hombre agonizaba, se desmayó.

Después de esta historia, Louis descubrió un sueño. Al despertar, saturado de sueños sensuales, vibrando a resultas de un imaginario abrazo, vio que la mujer se había ido. Pudo seguir las huellas sobre la arena durante un buen trecho, pero desaparecieron en la zona arbolada que daba a los chalés, y así la perdió.

DE LOS DIOS GRIEGOS 47

divinas y humanas, que no permitirá a la pintura —hija de otra luz— un esplendor parejo al de la palabra y al de la escultura.

Luz en la cual el juego, todos los juegos de lo que será llamado arte, están contenidos ya, así Apolo marcha seguido por su cortejo de musas, criaturas de esta luz del firmamento, del aire transparente, más que del Sol, que si va seguido de un cortejo le paga haciéndole invisible.

La vida espontánea de las criaturas hijas de esta luz es la metamorfosis y no el ser. Forma primera, original del arte y de la historia. Las historias de los dioses del Olimpo no se desarrollan en la identidad de un personaje de tragedia que es o aspira a ser uno —el hombre— y por ello padece el sufrimiento más terrible: ser enigmático. Pues el enigma sólo es propio de lo que siendo o pretendiendo ser uno, está aprisionado en la multiplicidad, y sujeto a padecer sus propios estados. Los dioses no los sufren; se libran de ello, no por ser impasibles, que de ser así no estarían sujetos al amor, a los celos, a la venganza... se libran por su capacidad de vivir insolidariamente sus aventuras, por ser criaturas no de ser, sino de metamorfosis; figuras que juegan en la luz y que pueden hasta desaparecer en ella. La metamorfosis es la forma en que todo lo viviente evita el padecer. Y todos los embriagados de vida, apetentes de ser más u otra cosa que hombres, han soñado atravesar el mundo metamorfoseándose. Anhele que es la clave de todas las ansias de evasión, hasta de la legítima que se llama arte.

En la vida según la metamorfosis no hay tampoco lugar para el enigma. Enigma y sufrimiento han sido eludidos. Y así, todos los anhelos y apetencias de la supremacía de los dioses sobre el hombre, su carácter divino entre todos, es estar más allá del principio de contradicción

de mis demonios hon de abandonarme a ellos que mis
si mis demonios hon de abandonarme a ellos que mis
si mis demonios hon de abandonarme a ellos que mis